

10

INFORME
ESPAÑA
2 0 0 3

una interpretación
de su realidad social



Fundación Encuentro



Edita: **Fundación Encuentro**
Oquendo, 23
28006 Madrid
Tel. 91 562 44 58 - Fax 91 562 74 69
correo@fund-encuentro.org
www.fund-encuentro.org

ISBN: 84-89019-16-9
ISSN: 1137-6228
Depósito Legal: M-11116-2003

Fotocomposición e Impresión: Albadalejo, S.L.
Antonio Alonso Martín, s/n - Nave 10
28860 Paracuellos del Jarama (Madrid)

PARTE PRIMERA: CONSIDERACIONES GENERALES

¡Atención, faros de niebla	XV
El territorio ya no es clave en la seguridad	XVII
La razón de la justicia social	XX
La razón democrática	XXV
La razón ética	XXX

Parte Primera

CONSIDERACIONES GENERALES

¡Atención, faros de niebla!

Hace diez años, en nuestro primer Informe, *España 1993*, comenzábamos estas consideraciones generales con el aviso siguiente: *¡Atención, cambio de rasante!* El conductor del vehículo pierde visibilidad ante una ondulación de la carretera, pero no duda de la existencia de la misma. No pierde la serenidad porque está seguro de que la calzada continúa. Le basta concentrar su atención y mantenerse prudentemente a la derecha. Está perfectamente orientado. No necesita sufrir el trance de buscar un nuevo camino. Con la niebla espesa se pierde la definición del paisaje y cualquier objeto móvil puede resultar un fantasma amenazante. La niebla nos desorienta y nos sobrecoge. Hay que recobrar los puntos de referencia, como en el desierto o en la nieve de la sierra.

El siglo XX podría pasar a la historia con el sobrenombre de “el siglo breve”. En realidad, el *ancien régime* tardó dos siglos en destruirse. Después de la Primera Guerra Mundial aún quedaban instituciones anacrónicas. Entonces se apoderó completamente de la humanidad la razón de la victoria. Los vencedores eran los árbitros y hasta los dueños del mundo. Después de la Segunda Guerra Mundial siguió prevaleciendo el imperio de los vencedores. La guerra fría mantuvo y hasta alimentó las “guerras de bajo desgaste”, que en definitiva se convertían en bazas favorables de la estrategia norteamericana. La caída del Muro de Berlín (1989) favoreció la posición de Estados Unidos como poder hegemónico mundial. Resurgieron con más fuerza los odios étnicos, que llegaron a la locura en las guerras de los Balcanes.

Tom Engelhart analizó ya lo que él llama “el fin de la cultura de la victoria”¹, que horrorizó al mundo con los campos de exterminio, primero nazis y después estalinianos, hasta bien entrada la guerra fría. ¿Cómo es

¹ Engelhart, T., *El fin de la cultura de la victoria. Estados Unidos, la guerra fría y el desencanto de una generación*, Paidós, Barcelona/Buenos Aires, 1997.

posible que el siglo XX se cierre con experiencias tan dramáticas sin que hayamos aprendido casi nada de aquellas trágicas lecciones? Durante el primer bienio del siglo XXI todo el planeta se ha visto sumergido en la más pesada de las incertidumbres.

El imperio de la fuerza desató el sentido de la inseguridad que ha ido desarrollándose hasta dominar a las sociedades más avanzadas. No quisiéramos que el siglo XXI fuera conocido como “el siglo del miedo”. El último ejemplo lo encontramos en Oriente Medio. El problema de la seguridad ha conducido el conflicto entre Israel y el pueblo palestino a la locura del triunfo de Ariel Sharon. Los electores prefirieron apoyar a un candidato que les prometía más seguridad que a un partido relativamente nuevo, como el de Shinui, que ofrecía un plan concreto de pacificación. El terror de los kamikazes palestinos y los crueles bombardeos contra ciudadanos indefensos, ordenados por Sharon, han hecho imposible la paz. La seguridad se ha impuesto como norma decisiva en el voto democrático.

El ataque a las torres gemelas del World Trade Center llenó de pánico a los norteamericanos y a buena parte de los países más avanzados de Occidente. La guerra contra Afganistán se convirtió en una matanza inhumana sin lograr su objetivo principal, que era detener a Bin Laden, el terrorista más buscado. El mundo permaneció impasible ante la gasificación de más de cien civiles en un teatro de Moscú. El “eje del mal” es el último invento para trazar una nueva frontera imaginaria entre buenos y malos, según los criterios arbitrarios de la administración de George W. Bush. Hasta el momento los servicios secretos estadounidenses sólo han proporcionado indicios de que Osama Bin Laden y su organización Al Qaeda están oscuramente infiltrados en los países occidentales. Un enfrentamiento contra el Islam resulta del todo injusto e irracional.

Así hemos comenzado el siglo XXI. La operación “Libertad Duradera”, planeada por la administración Bush, subordina las relaciones internacionales al puro orden estratégico; se desentiende de otros problemas mundiales mucho más graves como el de la pobreza y el hambre y viene a crear en la práctica un mundo en permanente estado de excepción, donde se pueden recortar sin escrúpulo las libertades. Los europeos han vivido de cerca las guerras y han demostrado hasta la saciedad en las encuestas que más del 80% se opone a una nueva guerra contra Irak. La guerra, como ha afirmado reiteradamente Juan Pablo II, no puede ser nunca la solución. La seguridad verdadera sólo vendrá si se respeta la razón democrática, que incluye la razón de la justicia y la razón ética.

No es posible separar el debate de la seguridad ciudadana de la visión global del mundo actual. La campaña presidencial de Chirac y las posteriores elecciones municipales en Francia se sirvieron de una realidad global para hacer triunfar una causa local. Sin embargo, los horizontes del territorio nacional son insuficientes y anacrónicos. La amenaza a la segu-

ridad es global y sólo podemos enfrentarnos a ella con soluciones globales.

Hay que ampliar los horizontes. El destino del planeta Tierra no se decide ya en el ámbito del Estado-nación responsable. La exigencia de seguridad tiene que mirar a la vez al interior del territorio y al mundo internacional. Porque las fronteras clásicas no sirven ya de blindaje a un país, ni siquiera al más poderoso del mundo. Se han debilitado con hechos consumados que demuestran el cambio diametral que han hecho posible las nuevas tecnologías de la comunicación: su utilización inteligente basta para poner en plan de ataque una red mundial de terroristas invisibles. La fractura norte-sur, la sangrante desigualdad entre los dos hemisferios, nos ha llevado a una frontera inesperada: la necesidad de tender un puente entre los foros de Davos y Porto Alegre, como intenta hacer Luiz Inácio “Lula” da Silva. Los grandes estrategias de la paz, y por consiguiente de la seguridad, han abierto un nuevo camino a la esperanza.

El territorio ya no es clave en la seguridad

A medida que el mundo se hace cada vez más fluido y dinámico, pierden importancia los factores espacio y tiempo y aparecen con tintes más dramáticos la seguridad del individuo y el reconocimiento de las identificaciones colectivas. Vivimos la paradoja histórica de la debilitación progresiva del Estado como garantía de fronteras territoriales que nos sirvan de refugio y una creciente demanda de seguridad que sólo puede venir del exterior, de un consenso que debe contar con todas las culturas y las necesidades vitales de todos los pueblos. El que crea en la imposibilidad de este proyecto o piense en el dominio por la fuerza de una superpotencia hegemónica debería renunciar a cualquier responsabilidad pública.

La inseguridad tiene mucho que ver, como ha señalado el sociólogo polaco Zygmunt Bauman², con “el fin simbólico de la era del espacio”. El ataque a las torres gemelas no fue otra cosa que la partícula arrojada al interior de un recipiente sobresaturado. Como en una reacción química, aquel atentado espectacular provocó la cristalización de unas sustancias que han modificado radicalmente la composición química del compuesto anterior. El territorio constituía la garantía de la seguridad. Desde la Muralla China, pasando por las líneas Maginot y Siegfried, hasta el Muro de Berlín, el territorio fue el más codiciado de los recursos y el más despreciable de los signos de insolidaridad. Buscamos el territorio como un refugio y como

² Bauman, Z., “Guerras de reconocimiento en la frontera planetaria”, *Claves de Razón Práctica*, n. 120, marzo 2002.

fuentes propias de recursos vitales tales como el petróleo. El poder era territorial, como lo es la privacidad frente a las interferencias del Estado.

Todo esto, a nuestro juicio, se ha terminado porque ya nadie puede aislarse del resto del mundo. Se había terminado hacía bastante tiempo. El derribo del Muro de Berlín no fue solamente una chispa de la locomotora del sentido común. Simbolizó para la historia la inutilidad de las murallas y de las fronteras defensivas. Los atentados del 11 de septiembre demostraron, de forma espectacular y convincente, que ninguna gran potencia física puede sentirse segura ante el terrorismo, aunque éste se trame a gran distancia.

Ya habrá entendido el lector que no podemos encerrarnos en la pura seguridad de la integridad física de nuestros cuerpos. Es más importante aún la seguridad de los espíritus. La pérdida de confianza en las instituciones y en los hombres constituye un síntoma quizá más alarmante de inseguridad. Ha surgido lo que Manuel Castells denomina el "espacio de flujos", que no tiene territorio propio ni límites territoriales posibles. De las preocupaciones por la seguridad local hemos pasado a los problemas de la seguridad global. Se ha puesto de manifiesto la vulnerabilidad de todas las partes del planeta por miedo o precaución con todos los demás, incluso hasta con los más distantes.

¿Cómo acceder de ahora en adelante a las fuentes de la inseguridad para aniquilarlas? A esta pregunta tan simple se responde todavía con estrategias territoriales anacrónicas o con procedimientos de exterminio de vidas humanas inocentes. Pensemos en el conflicto de Oriente Medio y los proyectos bélicos contra Irak. En el "espacio de flujos" resultan inadecuadas hasta las armas más sofisticadas. Los nuevos estrategias contra el terrorismo tienen que revisar los criterios tradicionales de defensa y pensar mucho más en la potencialidad de la igualdad entre los pueblos, del reconocimiento de las diferencias culturales y, en definitiva, de la acción política misma. La "seguridad global" ya amenazada nos introduce en la noche de la incertidumbre personal. Sería prematuro y nada práctico pensar ahora en el diálogo con los mismos terroristas. Pero no lo es tanto poner en marcha acciones de alcance internacional que tiendan a recrear la confianza y no solamente a espesar las mallas de la policía.

Este "espacio de flujos" disfruta de una tecnificación máxima en sus comunicaciones y de una gran capacidad de ocultación. Tengamos en cuenta que los terroristas más activos utilizan la memoria histórica como materia altamente incendiaria del rencor entre los pueblos y que proceden de Estados y territorios muy diferentes; no son, por tanto, controlables políticamente; más aún, la descolonización les ha servido para comprobar la injusticia de sus antiguas metrópolis. La vulnerabilidad de éstas no disminuye por el mayor tamaño de su arsenal de armas de alta tecnología. Las armas pueden servir para una hipotética expansión o defensa directa te-

territorial, pero no para pacificar los espíritus. Entran en juego otros muchos factores imponderables y mucho más peligrosos.

El “espacio de flujos” convierte a los territorios en zona fronteriza. La agilidad y la destreza son eficacísimas para crear situaciones de inseguridad y causar destrozos espectaculares al enemigo, aunque no pueda de momento pensar en la conquista de territorios propios. En esta guerra fronteriza cambian con facilidad las lealtades, no tiene sentido cavar trincheras porque la línea que separa a los beligerantes de los ciudadanos normales es prácticamente movediza y en la vida normal casi imperceptible. Aunque parezca utópico, resulta más práctico actuar con una panoplia amplia de instrumentos persuasivos que demuestren la voluntad firme de escuchar sus necesidades vitales y culturales hasta demostrar la voluntad firme de convivencia y de llegar poco a poco a recuperar la confianza. En este sentido, la democratización de las organizaciones internacionales, de las que hablaremos inmediatamente, desempeña el papel principal. Zygmunt Bauman, que inspira estas reflexiones, se muestra partidario también de la utilización del concepto de “enemistad convergente”, parafraseando el principio de Anthony Giddens de “alianza convergente”. Se trataría, según Bauman, de lograr que una historia cargada de enemistad tienda a borrarse si la cooperación con el enemigo ofrece más beneficios que el enfrentamiento.

En la guerra contra los talibanes, el secretario de Defensa de EE UU, Donald H. Rumsfeld, y su ayudante Paul Wolfowitz ya advirtieron de que la persecución del terrorismo exigiría coaliciones cambiantes: “Para ser efectivos, debemos ser flexibles. Debemos ser capaces de adaptarnos”. Esta estrategia de “coaliciones flexibles” impide la aparición de estructuras permanentes y vinculantes. Esta movilidad contribuye a aumentar el “desorden global”. No deja de ser útil para los propósitos terroristas, pero concede más bazas a aquellos que sueñan con el dominio del mundo erigiéndose en ángeles exterminadores del mal y ofreciendo una seguridad mundial que no podrá nunca lograrse por la fuerza, dada la condición humana y el grado de amor a la libertad al que han llegado la inmensa mayoría de los habitantes del planeta. Poseer un arsenal superior de armas de destrucción masiva no es otra cosa que despreciar la vida humana y estar dispuestos a acabar con todos los enemigos que no se sometan a su imperio arbitrario. De hecho, hasta el momento actual, la administración Bush, a costa de este clima de inestabilidad, ha conseguido reforzar su liderazgo, hasta rayar en el sueño imperialista.

En un medio tan fluido como el de nuestro tiempo, los hábitos más tradicionales son desechados con rapidez y los nuevos no tienen tiempo de fraguar. La única forma posible de actuar es andar a tientas a través de la niebla espesa, atravesada tan sólo por algunos destellos aleatorios de luz. Todas las acciones buscan al azar el blanco afortunado. La acción tiene

que realizarse a través del procedimiento de ensayo y error hasta que alguno de los intentos, nunca inhumanos, dé con el resultado más satisfactorio. La profusión de ensayos no garantiza el éxito, pero permite mantener la esperanza de que en medio de los intentos fallidos al menos alguno acierte en el blanco.

Las “batallas de reconocimiento” han desempeñado, en la estrategia tradicional, un papel decisivo; han constituido la categoría bélica más común en la zona fronteriza. Son necesarias para establecer certeramente los objetivos bélicos y el diseño de la estrategia combativa. Suministran los datos necesarios para fijar las metas realistas y el planteamiento de acciones militares. En la historia de la estrategia militar crece la importancia de los servicios de información y se hacen mucho más útiles que el estruendo de las bombas. No se trata de conquistar territorio, sino de humanizar y acertar en una lucha que se nos presenta como inevitable. Estas batallas de reconocimiento presentan un asombroso parecido con los grupos de discusión. En la medida en que se logre incrementar el intercambio de ideas y de información, podemos ganar adeptos e incluso introducirnos en la mente de los enemigos.

En la vida diaria las microestrategias que la gente sensata pone en práctica en los conflictos de la vida cotidiana familiar pueden servirnos de ejemplo. Cualquier tipo de coerción no ayuda a la superación de la violencia. Por el contrario, los conflictos de pareja, entre personas medianamente inteligentes, requieren la experiencia previa de “batallas de reconocimiento”. Cada uno hace incursiones y reconoce las posibilidades del otro de manera que no tensen las relaciones y va fijando los objetivos posibles de su estrategia. Progresar en la comunicación ayudará a establecer metas comunes que pueden mejorar las relaciones.

La razón de la justicia global

La inseguridad se nutre de las múltiples e injuriosas desigualdades que se van poniendo de manifiesto en todo el planeta a través de las cumbres internacionales; de momento, estas reuniones de representantes de gobiernos y miles de ONGs han servido poco más que para incrementar aún más la indignación general. Así ha sucedido con la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro y las más recientes sobre la financiación del desarrollo en Monterrey (marzo 2001) y sobre la alimentación en Roma. La Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sostenible (CMDSD), celebrada el pasado mes de agosto en Johannesburgo, buscaba encontrar un equilibrio entre crecimiento económico, desarrollo social y protección medioambiental. Jacques Chirac resumía el problema así: “Nos comportamos colectivamente como si dispusié-

ramos de un planeta de recambio al que trasladarnos, llegado el momento, con nuestro modo de vida”.

Naciones Unidas, como organización convocante, fijaba cinco ejes centrales respecto a los que había que avanzar: salud, agricultura, acceso al agua, protección de la biodiversidad y suministro de energía. Bush no asistió, aunque envió una delegación de 350 personas. Estados Unidos, como gran potencia mundial, se opuso explícitamente a todo lo que pudiera limitar la sacrosanta libertad del comercio.

La Unión Europea, con una posición bastante unitaria, defendió el incremento de las energías alternativas, insistió en la aplicación del acuerdo de Kioto y propuso un plan de acceso al agua en África y Asia, pero sin proponer calendarios ni fondos específicos para conseguir sus objetivos y sin ceder en una cuestión vital para los pueblos subdesarrollados como es la reducción de las subvenciones a la agricultura de la Unión.

El resto de los países, productores de petróleo y no productores, con democracia y sin ella, fueron incapaces de ofrecer un frente común que hubiera tenido fuerza frente a las dos potencias económicas, norteamericana y europea.

Las ONGs defendieron en sustancia los postulados de Naciones Unidas, pero insistiendo en la necesidad de marcar compromisos concretos, con plazos y fondos para lograrlos. Las ONGs ofrecieron, además, el ejemplo de cómo desde posiciones que suelen presentarse encontradas –el desarrollo y el ecologismo– llegaban con facilidad a propuestas comunes. Los llamados intereses de los Estados no siempre responden al desarrollo sostenible o a las exigencias de la biosfera. Las delegaciones nacionales, en este tipo de cumbres, celebran como victoria propia lo que responde a lo que ellos consideran bien común de la propia nación a la que representan, aunque éste haya sido declarado insolidario en el foro internacional.

En la nota final de Johannesburgo se habla de conseguir “una sociedad equitativa [...] y dignidad para todos” (art. 2) y de un plan de acción que está lleno de buenas palabras y buenas intenciones, pero totalmente falto de compromisos concretos. Los 2.000 millones de seres que viven en la pobreza tendrán que resignarse y esperar hasta la próxima cumbre. En el punto 25 se manifiesta el respeto a los principios de la Organización Internacional del Trabajo, sin que se haga ninguna referencia explícita a la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Estados Unidos hizo todo lo posible para que este hipotético reconocimiento de los derechos laborales se subordinara a la Organización Mundial de Comercio. La declaración tuvo que reconocer que muchos países no están aún en condiciones de aprovecharse de las ventajas de la globalización. Pero los países avanzados no señalaron ningún camino que pudiera ayudar a corregir esta situación. En el sector de la agricultura, por ejemplo, el problema principal del Ter-

cer Mundo no es cómo acceder al mercado mundial, sino cómo poder defenderse del proteccionismo de los países avanzados; en concreto, cómo defenderse de las importaciones masivas de productos subvencionados en los países ricos. Es ilustrativo el ejemplo de México, que ha importado masivamente maíz de EE UU, con la consiguiente ruina de multitud de pequeños campesinos. El cinismo de los países avanzados llegó al extremo de crear un fondo especial para el desarrollo sostenible sin que nadie se comprometiera a aportar un céntimo de dólar. Todo lo contrario, numerosos países han afirmado que no están dispuestos a incrementar los compromisos que adquirieron en Monterrey.

El canciller Gerhard Schröder protagonizó un momento de sinceridad, al dibujar un paisaje mundial en el que predominan los trazos letales: “La pobreza sigue en aumento a nivel mundial. Más de 2.000 millones de seres humanos se esfuerzan por sobrevivir con menos de dos euros al día. 1.500 millones de hombres, mujeres y niños no tienen acceso al agua potable”.

Y refiriéndose a la conmoción causada por los atentados del 11-S, que obligó a cerrar filas contra la amenaza terrorista, dijo: “Ha quedado patente que los medios militares y policiales no bastan para establecer y mantener la paz y la seguridad. Aunque no existe una relación directa entre economía globalizada y terrorismo internacional, no puede haber seguridad global sin una agenda para la justicia global. Necesitamos un nuevo concepto de seguridad que abarque los aspectos económicos, ecológicos y sociales. Estamos trabajando en ello y en Johannesburgo tendremos que marcar las pautas”.

La globalización –afirmó también Schröder– es un factor determinante de la economía mundial, pero no es un fenómeno sobre el cual no podamos ejercer influencia alguna. Estamos obligados a modelar esa red de relaciones económicas, comerciales y de comunicación. “Combatiendo en términos absolutos la apertura de los mercados mundiales no se ayuda a los países en vías de desarrollo. Por el contrario, se les cierra el camino para salir de la pobreza”.

El aumento de la producción de energía es otra de las fronteras que dividen y separan a los países ricos de los que están en desarrollo. El actual modelo energético esquilma a los países pobres para facilitar el aprovisionamiento energético de los ricos. Los países en desarrollo no están en condiciones de llevar a la práctica una estrategia energética que les permita incrementar su producción y competitividad. Hay que desarrollar energías renovables que reduzcan los costes y permitan dar un impulso renovador a la industria en los países económicamente débiles.

Si contemplamos la evolución de la economía desde el Primer Mundo, observamos que se ha pinchado la burbuja bursátil de los años noventa y el invento del capitalismo popular está empobreciendo a las familias. El

compromiso contraído en 1964 en la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo de destinar el 0,7% del PIB a la ayuda al Tercer Mundo ha retrocedido fuertemente, sobre todo a raíz de la desaparición de la Unión Soviética. EE UU ha pasado de un 0,21% del PIB en ayuda al desarrollo al 0,09% al final del milenio. Europa ha mantenido su oferta de aumentar la ayuda hasta un 0,39% de su PIB en el año 2006. En la declaración final de Johannesburgo ha desaparecido ya el 0,7% prometido en 1964. Algunos jefes de Estado europeos propusieron, sin voluntad política para llevarlo a cabo, la creación de un impuesto internacional contra la pobreza, que se podría vincular a la tesis de una tasa sobre la movilidad de los capitales (tasa Tobin). La apertura de los mercados, que es la mejor arma contra la miseria de una buena parte de la humanidad, se contradice con el espectacular aumento del proteccionismo de sus mercancías en los países ricos y fundamentalmente en Estados Unidos. Mientras, en teoría, se ofrece a los países subdesarrollados ciertas facilidades para el acceso de sus productos a los mercados mundiales a cambio de que sus gobiernos mejoren la gestión política y económica, el monto de las subvenciones agrícolas de los países de la OCDE ha sido superior al PIB total de los países de África.

El poder político y la capacidad de control y participación ciudadana, necesarios para la organización democrática, está retrocediendo peligrosamente ante un poder económico organizado con los criterios exclusivos del mercado, propios del neoliberalismo reinante. Asistimos a la emergencia de nuevos poderes que no son democráticos y que funcionan por encima y al margen de los poderes democráticos de los Estados. La cifra global de negocio de las 50 empresas más importantes del mundo es superior al total del PIB de los 50 países en vías de desarrollo, según los informes de la ONU. Muchas de estas compañías controlan los productos estratégicos del desarrollo mundial (petróleo, electricidad, productos farmacéuticos, armamento, etc.). No menos grave es el hecho de que los grandes especuladores financieros muevan cantidades monetarias superiores a las de muchos Estados y lleguen a controlar cotizaciones de acciones y divisas según sus intereses particulares. Los recientes fraudes de grandes empresas de influencia mundial, como Enron, Adelpha Communications, la auditora Andersen y las empresas de comunicación Worldcom y Vivendi Universal, han contribuido a debilitar sensiblemente la credibilidad del mundo de los negocios.

Como recoge el *Informe sobre desarrollo humano 2002* del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Occidente albergó la esperanza de que la tragedia compartida del 11-S uniría al mundo. En Monterrey (marzo 2002) se prometió aumentar la ayuda a los países en desarrollo. La OMC en Doha (Qatar), unos meses antes, había llegado al acuerdo de reactivar las negociaciones comerciales multilaterales, superando el punto muerto en que habían quedado en Seattle. Todos estos acuerdos permitían

esperar decisiones solidarias de nivel mundial. Los temores contrarios de una fragmentación mundial aún mayor y un más profundo debilitamiento de las instituciones internacionales adquieren mayor consistencia. “La guerra contra el terrorismo y la escalada de la violencia en Oriente Medio amenazan con nuevas fracturas a nivel mundial. Los Estados más poderosos del sistema internacional no están buscando sistemáticamente soluciones multilaterales a los problemas de seguridad internacional”³.

“Las reglas de comercio actúan sistemáticamente en contra de los productos de los países en desarrollo, como los productos agrícolas y los textiles, y no han impedido los abusos proteccionistas de las medidas antidumping adoptadas por los países industrializados. Los aranceles que aplican los países industrializados a las importaciones de los países en desarrollo son, en promedio, cuatro veces superiores a los que aplican a las importaciones de otros países industrializados. Además, los países industrializados pagan más de 1.000 millones de dólares por día en subsidios agrícolas internos –más de seis veces más de lo que gastan en la asistencia oficial para el desarrollo que prestan a los países en desarrollo–”⁴.

Aunque no existe un gobierno mundial, podría lograrse que los acuerdos mundiales fueran más eficaces y más representativos de los ideales democráticos. En primer lugar, ampliando el espacio para que los sectores no estatales pudieran influir en las políticas y hacer rendir cuentas a los poderosos. En segundo lugar, debe conseguirse que la estructuración de las organizaciones internacionales sea más democrática, para lo cual será necesario que aumenten la representación, la transparencia y la rendición de cuentas en la adopción de decisiones.

La injusticia y la desigualdad son signos distintivos del mundo actual. No caminamos hacia un sistema más justo, aunque quieran hacérselo creer los que hacen *marketing* del pensamiento único: la globalización es por su propia naturaleza selectiva. El poder de los grandes intereses económicos dicta el modelo de globalización. Así lo juzgaba Jean Baudrillard a finales de 2001: “La guerra que Estados Unidos y Gran Bretaña han declarado al terrorismo no es sino la ausencia de política por otros medios”⁵. La razón de la fuerza es disfrazada de legitimidad ética por jefes de gobierno que se llaman democráticos. La seguridad nunca se impondrá por la fuerza. Sin respeto al principio de la justicia, aumentará más bien la incertidumbre.

³ PNUD, *Informe sobre desarrollo humano 2002*, Mundi-Prensa, Madrid, 2002, p. 101.

⁴ *Ibidem*, p. 101-102.

⁵ Baudrillard, J., “L’esprit du terrorisme”, *Le Monde*, 3 de noviembre de 2001, p. 11.

La razón democrática

Podríamos preguntarnos por qué algunas democracias entre las más arraigadas del mundo, como la de Estados Unidos y la de Reino Unido, no aplican la “razón democrática” en sus actuaciones de política exterior. No deja de sorprender que los ciudadanos demócratas de una nación discriminen con facilidad a los de otros países. No podemos aceptar que el gobierno de una democracia se niegue a reconocer los derechos humanos de otros pueblos. Ni siquiera es razonable encerrarse en un determinado sistema de valores característicos como el de la cultura occidental. El estrechamiento de relaciones entre los pueblos en un mundo cada vez más complejo nos lleva a descubrir nuevos valores humanos que deben ser reconocidos y defendidos por la comunidad de naciones.

La conferencia que pronunció recientemente Manuel Castells en Barcelona⁶ nos ayuda a formular tres hipótesis de trabajo que podrían contribuir decisivamente a reforzar entre nosotros “la razón democrática”. La primera se refiere a las limitaciones del Estado-nación; la segunda, al funcionamiento mismo de nuestra democracia; y la tercera, a la utilización casi habitual del escándalo para la campaña electoral y la conquista del poder.

1. *Reconocer la incapacidad del Estado-nación para garantizar la seguridad y bienestar de sus propios ciudadanos.* El espacio de decisión en el que han de adoptarse las medidas económicas y democráticas que ofrezcan al mundo seguridad supera al del propio territorio. La limitación del poder de los Estados no afecta tanto a su existencia como a su configuración o estructura interior. Pero su existencia y estructuración, al menos en red, seguirá prestando una utilidad necesaria.

El proceso de globalización en curso obliga a los ciudadanos de una nación a reconocer los valores democráticos en el mundo global. Hemos comprobado que no podemos vivir en democracia “de puertas para adentro”. Si el progreso y el desarrollo humano en el orden internacional no está estructurado y regido en lo esencial por pautas democráticas, nuestra democracia local será inviable. De ahí que, en nuestro tiempo, tengamos que enfrentarnos con el gran reto de construir la democracia a escala internacional, más allá de nuestras fronteras. Lo contrario equivaldría al desgobierno mundial.

A medida que se hace más necesaria la globalización nos anclamos con más fuerza en la defensa de nuestra identidad. Sólo un 15% de los europeos confiesa que prefiere ser cosmopolita. Los pueblos de Oriente Medio

⁶ En la jornada sobre *Miseria y grandeza de la democracia*, organizada por el centro universitario ESADE de Barcelona el 14 de febrero de 2003.

y de África quizá demuestren menos arraigo que los de Asia oriental. Por lo que se refiere a Europa y América, es evidente que nos sentimos desafiados para articular nuestras identidades propias con la globalización. Este desafío hierve en el fondo de la mayor parte de nuestros problemas domésticos.

Los problemas son de dimensión transnacional y exigen soluciones globales: el cambio climático, los flujos migratorios causados por la mala distribución de la riqueza mundial, el terrorismo y la delincuencia internacional, los problemas de mercado, etc., sobrepasan las dimensiones y posibilidades del Estado. Por otra parte, las actividades y el crecimiento de las organizaciones transnacionales son torpemente comprendidas o, por desgracia, están dominadas por las potencias hegemónicas. Todas estas organizaciones extienden su actividad a un ámbito mucho más amplio que el del territorio estatal. La crisis de la territorialidad, a la que nos referíamos al comienzo de estas reflexiones, irrumpe ahora con fuerza sobre el Estado-nación y nos deja ver el fondo de no pocos conflictos entre nuestros derechos y libertades y la garantía de nuestra seguridad. Esta erosión de la eficacia del Estado repercute también en su legitimidad ante el ciudadano.

El Estado constitucional no es absoluto. Ni sus compromisos han de referirse en exclusiva a los ciudadanos de su territorio. Además de las organizaciones transnacionales, se encuentra ahora ante una red abigarrada de organizaciones no gubernamentales y movimientos sociales que demuestran su eficacia para llegar a donde no alcanzan las Administraciones Públicas, incluso fuera de las propias fronteras. La cooperación con estas organizaciones es una condición para su buena inteligencia con la sociedad civil. Se integra en unidades más amplias supraestatales, que, por un lado, limitan su soberanía y, por otro, le ofrecen la ocasión de compartir decisiones dentro de soberanías más amplias, en ámbitos tan sensibles como el de la seguridad, el de la tecnología y el de la economía. Por otra parte, los sociólogos confirman que “en un mundo globalizado la gente se aferra a su identidad como fuente de sentido en sus vidas”⁷. Como señalamos antes, sólo el 15% se declara cosmopolita, y dentro del Estado el 38% se refiere en primer lugar al Estado-nación, mientras el 47% considera como su principal identidad de referencia la región o la localidad. Cuando se analizan los porcentajes por áreas del mundo –observa Manuel Castells–, el nivel más alto de identidad local/regional primordial en el contexto mundial corresponde precisamente a la “Europa del Suroeste”, es decir, a nosotros. Los frutos de la descentralización del poder territorial dentro del Estado se manifiestan en la aproximación de los gobernantes al pueblo y la defensa de su propia cohesión social.

⁷ Castells, M., “El poder de la identidad”, *El País*, 18 de febrero de 2003, p. 14.

Para democratizar la globalización será necesario que las organizaciones internacionales de índole económica, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico y el llamado Grupo de los Siete, se organicen de manera que se escuche la voz de todos los países afectados, se supriman la posibilidad de los vetos y el ejercicio del poder unilateral.

El Estado necesita de las organizaciones transnacionales: las necesita para mantener su seguridad macroeconómica, para defenderse del terrorismo y del crimen organizado, para el ejercicio de la justicia que persiga los crímenes contra la humanidad, para defender la opinión pública de los monopolios en los medios de comunicación. Será necesario construir un mundo sin fronteras, siempre que la seguridad y la libertad estén mejor garantizadas.

2. *Mejorar los mecanismos de la política.* Nuestra democracia ha alcanzado en 25 años un alto grado de legitimidad y satisfacción en la ciudadanía. Según las encuestas del CIS, en 1980 sólo la mitad de los españoles se identificaba con la frase “la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno”. Dieciocho años después (1998), ese porcentaje llegaba al 84%; en marzo de 2000 suscribían la misma frase el 85,7% de los españoles. La satisfacción con su funcionamiento es francamente alta. Si sumamos las respuestas “muy satisfecho” y “bastante satisfecho”, llegamos al 49,5% en 1996, 61% en 1997 y 64% en 1998 y 2000. En este mismo año, sólo tres de cada diez españoles se manifiestan “poco” o “nada” satisfechos.

No es paradójico que, a pesar del favor de que goza en España el sistema democrático, los españoles hayan ido disminuyendo su interés por la política. Los españoles que se interesan por la política nacional han pasado de un 38% en el año de aprobación de la Constitución (1978) a un 29% en 2000. El 57% la sigue a diario por televisión, el 25% por la radio y sólo un 23% por los periódicos. En 1995 predominaba la opinión de que “el voto es la única forma en que la gente puede influir en lo que hace el gobierno” (72%) y de que “los políticos no se preocupan mucho de lo que piensa la gente” (69%). Los encuestados dan a entender un cierto desamparo político: “la política parece tan complicada que la gente como yo no puede entender lo que pasa” (54%).

Nada dicen estos porcentajes en contra de la capacidad de movilización de la sociedad española. Uno de cada tres españoles ha participado –y lo volvería a hacer– en una manifestación autorizada y uno de cada cuatro ha secundado una huelga. El asociacionismo está en auge, aunque todavía sea débil la tendencia: según la encuesta del 2000, el 16% confesaba pertenecer a una asociación de vecinos, el 14% a un club deportivo, el 11% a una asociación de padres, el 9,5% a una asociación cultural o artística, el 8% a

un sindicato, el 5,8% a una ONG o asociación de solidaridad y tan sólo un 3,5% a un partido político.

Las causas de esta aparente manifestación de apatía política son indudablemente muy complejas. Podemos, sin embargo, formular algunas hipótesis plausibles. Es evidente que los asuntos políticos son cada vez más complejos. En cambio, el político ve enfrentada la complejidad con la necesidad de simplificar su mensaje para ser comprendido por sus electores. Tiene que darse a entender a través de esquemas y fórmulas tan simples que rozan la demagogia. En esta transmisión desempeñan un papel preponderante los medios de comunicación. Incluso son los que establecen los términos del debate político. De todos ellos, la imagen televisiva es la más simplificadora. Y los españoles confiesan que siguen la política en su mayoría (57%) a través de la televisión. En esta forma de llegar al elector se encuentra sólo la imagen del político. No es exagerado afirmar que la complejidad de los asuntos y el programa del partido se reduce a lo que el líder es capaz de transmitir en los espacios televisivos, ya que la prensa y la radio tienen menos audiencia. Su influencia depende de sus talentos y habilidades personales. Se ha exagerado la importancia del atuendo y de la fisonomía personal. Sin negar la relativa importancia que puedan tener estos aspectos externos, está comprobado que los ciudadanos prestan más atención a las cualidades morales, como la veracidad, la coherencia, el respeto al adversario y el reconocimiento de la pluralidad de los electores, jueces últimos, en definitiva, acerca de la credibilidad del candidato. El discurso reduccionista y simplificador, tan propiciado por la prensa, la radio y la televisión, tiene que conducir necesariamente a la apatía política. Los que gobiernan tienen que dejar de guiarse por lo que dicen los periódicos. Gobernar es mucho más que gestionar.

El gobernante tiene que demostrar un empeño decidido por conocer la complejidad de la realidad. Para este trabajo difícil y paciente no le bastan los consejeros áulicos. Ni pulsar con frecuencia la opinión a través de las encuestas. Parece más seguro buscar ideas que sean fruto de una continuada reflexión en equipo, realizada por grupos independientes. Los investigadores de la realidad saben lo que vale el trabajo interdisciplinar en equipo con especialistas de distintas tendencias para poder llegar a un diagnóstico lo más aproximado posible de lo que acontece. Sólo así podemos acercarnos a una realidad tan compleja y cambiante como es la de nuestras actuales sociedades abiertas. A esta necesidad común de conocer la realidad social se dirige nuestro Informe.

Deberíamos prestar mucha más atención a las estadísticas y hacerlas comparables para conocer las múltiples caras poliédricas del objeto de la realidad social. Las estadísticas vienen a ser como el sistema nervioso del cuerpo social. Nadie quiere vivir sin percibir la sensibilidad en todos los órganos de su cuerpo. Las fundaciones o grupos pensantes de los partidos

no pueden estar dirigidas por sus líderes políticos. La libertad de pensamiento y de expresión del grupo debe estar garantizada. Los diagnósticos que están llamados a proporcionar estos *think tanks* a los dirigentes del partido requieren como condición indispensable la objetividad que está asociada a la libertad.

La democratización en la vida interna de un partido responde a su propia seguridad y eficacia. Nada hay más fácil que destruir la credibilidad de una persona que ha utilizado su liderazgo para dirigir el partido con formas personalistas. La organización del partido político no debe concebirse en función de la captación de votos para el líder. Debe responder a su fin primordial de socializar la política. La preocupación por someter el discurso político al mercado electoral lleva inexorablemente a perder radicalidad y coherencia ideológica y con ello a incapacitarse para crear proyectos movilizados a causa de una excesiva uniformidad, que contrasta con el pluralismo social existente. La vida política dejará de ser reflejo de los conflictos sociales para reducirse a las luchas entre las élites dirigentes, que van distanciando la vida política de las bases y de las necesidades reales de la población. Cuando los grandes partidos se alejan de la realidad, que siempre es plural, se sitúan al borde de la fragmentación imposible de parar con el simple autoritarismo de la cúpula del partido.

En nuestras sociedades desarrolladas se desdibuja la división de poderes y el control entre ellos. Se comprueba la tendencia imparable a acentuar la función del Ejecutivo, que a su vez desarrolla la burocracia de manera que el Gobierno-Administración llega a ser el verdadero motor del Estado, en detrimento del Parlamento y otras instituciones democráticas.

3. *Democratización de la sociedad civil.* Los españoles no creen en los políticos, pero sí en la política. La capacidad de movilización de determinadas causas lo ha demostrado, especialmente estos últimos meses. La manipulación del escándalo de la corrupción como procedimiento para desacreditar al adversario político y llegar antes al poder ha demostrado ya sus funestas consecuencias en España. Mina la credibilidad no sólo entre los políticos, también entre los grupos y partidos. El escándalo debe ser perseguido e identificado de manera principal por la justicia. Utilizarlo como sanción social o descrédito del adversario político contribuye a disminuir la confianza necesaria para la democratización.

El electoralismo perturba seriamente el debate público. No es justo resaltar en el discurso público sólo las diferencias. El debate lógico y necesario entre gobierno y oposición no supera la polémica, en la que predomina la demagogia, el dogmatismo y el desprecio del adversario. Los valores democráticos no son apreciados por aquellos que deberían hacer gala de ellos. La cacofonía dominante, sonorizada por los medios, es deprimente y contribuye a reforzar la desconfianza en la ciudadanía.

España viene de una sociedad fraccionada por mil desencuentros históricos. El corporativismo traspasa nuestro tejido social. Persisten oligarquías o grupos de poder que han resistido el cambio hacia la democracia. De hecho, muchos grupos de presión actúan enmascarados con el disfraz de personajes honestos. Sería más útil que los *lobbys* fueran transparentes. Todavía la profesionalidad no ocupa las primeras filas de la estima popular, que admira más el poder del dinero, del apellido o el de la frívola popularidad. Las clases medias, desarrolladas bajo la dictadura, favorecen la estabilidad y la moderación. Se interesan más por la garantía de las libertades formales que por los asuntos de la vida pública.

Hay que redefinir el sentido del servicio público. Deben hacerse constar sus características. Ninguna de ellas se identifica necesariamente con algún organismo del Estado, aunque sobre éste recaiga lógicamente la responsabilidad de exigir que instituciones privadas cumplan con las exigencias del servicio público. La corrupción de una institución o individuo se da tanto en las personas públicas que ocultan un negocio particular bajo el manto de lo público como en las privadas que montan su negocio particular con el disfraz de servicio público. Los servicios públicos transferidos a colectivos privados tienen que poner en juego medidas de gestión que aseguren la participación democrática.

El asociacionismo no pasa de ser un hervor tibio de nuestra sociedad civil. Habrá que fomentar la colaboración con los poderes públicos en los ámbitos que le sean propios. Los partidos políticos tienen que revisar su posición recelosa ante los grupos y movimientos sociales. Su tendencia a invadir toda la esfera de la vida civil es notoria.

La razón ética

No podemos seguir viviendo en el clima de incertidumbre que han conseguido crear la violencia, el terror y el crimen organizado. Al desafío brutal del 11-S no se puede responder con la violencia, por legítima que parezca. Las muchedumbres que se manifestaron en las calles el pasado 14 de febrero pedían y afirmaban: "¡otro mundo es posible!". Tiene que serlo y ése es el cometido que hemos encomendado con nuestro voto a todos los gobernantes políticos y muy especialmente a los que tienen más influencia en los organismos transnacionales. Un mundo de paz, de convivencia, de justicia y donde la discriminación racial, de género y religiosa no tenga cabida está por construir. Ésta es la tarea a la altura de nuestro tiempo. El pesimismo belicista sólo se explica por la degeneración de la conciencia ciudadana. El único camino para alcanzar la seguridad y la mejor estrategia contra el terrorismo es la convivencia cívica. La ciudadanía es una virtud social que incluye muchos valores. El discurso sobre la educación ci-

vil ha pasado al primer plano de la actualidad y se ha convertido en una exigencia.

El sistema democrático nos declara ciudadanos en virtud de una situación legal. Pero este “ser ciudadanos” no nos exime de tener que “hacernos ciudadanos”. Para esto se ha inventado el sistema educativo, para crear el marco en el que cada persona sienta libremente la necesidad y la ayuda para comportarse como ciudadano. La ética y la estética trabajan como hermanas gemelas. Viene a nuestra mente aquel pasaje de la novela *El idiota* de Dostoievski. El escéptico Hippolit pregunta al príncipe creyente Myskin: “¿Es verdad, príncipe, que dijisteis un día que al mundo lo salvará la belleza?”. Y ante el silencio del príncipe, el ateo Hippolit gritó a todos los presentes: “El príncipe afirma que el mundo será salvado por la belleza”. ¿Qué belleza salvará al mundo?

Celestin Freinet acuñó una frase que se ha hecho famosa: “la moral no se enseña, la moral se vive en la escuela”. La comunidad educativa debe ser el ámbito integrado donde sus participantes vivan la belleza de los valores ciudadanos. La democracia es ante todo un orden social que crea las condiciones efectivas para el ejercicio de la libertad, la igualdad y la solidaridad. Sólo dentro de ese marco será posible que las personas puedan desarrollar su autonomía individual y realizarse como seres sociales. La democracia es el régimen más exigente que existe. La pobreza y la marginación son la negación del orden democrático. Por eso la democracia exige un comportamiento y una actitud ética por parte de los ciudadanos. Si los valores éticos no son cultivados por los ciudadanos, la democracia está en peligro. Ésta es la belleza que salvará al mundo, porque los valores éticos son los únicos que garantizan su seguridad.

La educación cívica no termina con el período de enseñanza obligatoria. Los adultos en la convivencia ciudadana ven más de cerca las ocasiones y los medios para comprender sus obligaciones cívicas. Las organizaciones públicas y privadas en las que participan deben convertirse en ayudas que les presta la sociedad. Es evidente que el debate político y las instituciones que lo transmiten –parlamento, gobierno, partidos y medios de comunicación– contraen una obligación pedagógica especial. ¿Cómo vamos a olvidar la pedagogía de la ley misma, cuya coacción llega a todos y cada uno de los ciudadanos? El lenguaje violento, descalificador, gravemente cínico que a veces domina el discurso público destruye la confianza cívica. ¿Son conscientes de esta función nuestros políticos?

El asociacionismo de la sociedad civil en general e instituciones como las ONGs son, sin duda, instrumentos proporcionados y eficaces para la educación ciudadana. Queremos fijarnos, sin embargo, en la empresa productora de riqueza como escuela de formación ciudadana. Si el individuo se deja llevar por sus propios intereses no llegará nunca a ser un verdadero demócrata. Los que Tocqueville llama “defectos naturales de la demo-

cracia” suelen ser fruto de la combinación de tres factores: la tiranía de la opinión pública, el aislamiento y la concentración del ciudadano en su bienestar individual y la apatía política. Tales desviaciones llevan a un mundo sin sociedad; algo así como un individuo sin individualidad, es decir, sin personalidad ni libertad. Sujetos propicios para resignarse al despotismo, que no es sólo vicio del Estado, sino también –y de manera no menos dañina– de determinados grupos oligarcas.

Algunas virtudes cívicas son hoy más exigidas en el mundo de las actividades económicas. Los escándalos en compañías de referencia, cuando se han dado a conocer incorrecciones contables, han afectado gravemente a la confianza de los ciudadanos y a su propia seguridad. Rara vez se había oído hablar de la empresa como escuela de educación cívica. El compromiso de responsabilidad social empresarial (RSE) fue ratificado en el Consejo Europeo de Lisboa de marzo de 2000. En dicha cumbre, los jefes de Estado y de Gobierno de la Unión Europea hicieron un llamamiento especial al sentido de la responsabilidad social de las empresas. La publicación por parte de la Comisión Europea del Libro Verde sobre RSE en julio de 2001 suscitó un amplio debate sobre la manera en que la UE podía inculcar los principios y facilitar la práctica de la RSE, no sólo dentro de sus fronteras, sino también a escala internacional.

La comunicación aprobada recientemente con el título *La responsabilidad social de las empresas. Una contribución empresarial al desarrollo sostenible* es una consecuencia del Libro Verde y presenta una estrategia definida para incrementar la RSE en todas las áreas de la actividad económica. Pone en marcha un movimiento de desarrollo de riqueza ética consustancial al rendimiento de riqueza económica.

En los sondeos de opinión aparece con claridad la evolución del concepto de trabajo. Ya no se concibe como un simple medio de obtención del salario personal. Se busca mayoritariamente el desarrollo vocacional de la personalidad y la integración en equipos con los compañeros de producción. Se da cada vez más importancia al conocimiento y a la comunicación, porque son los indicadores más fieles del rendimiento profesional. La creación de riqueza es directamente proporcional a la convivencia cívica de sus miembros. Catorce millones de españoles, el 30% de los mayores de 16 años, desarrollan una parte importante de su vida dentro de una organización empresarial. Merece, pues, la pena que los valores de la educación cívica formen parte sustancial del ámbito integrado dentro del cual puedan respirarse a pleno pulmón los valores cívicos.

La nueva empresa no se encierra en el cumplimiento de lo que le exigen las leyes. Asume conscientemente que la manera de hacer más empresa es aquella que contribuye a hacer más sociedad. Sus responsabilidades sociales no se limitan a los consabidos aspectos complementarios: estrategias de comunicación, reducción de efectos negativos en su imagen externa, es-

tudios de *marketing*, etc. La empresa propiamente ciudadana globaliza en un sólo proyecto las responsabilidades económicas, las responsabilidades medioambientales y las responsabilidades sociales.

Esto mismo se podría aplicar a cualquier equipo de profesionales, consultores, auditores, médicos o investigadores. No carguemos la responsabilidad excesivamente en las instituciones educativas ni en las diversas asociaciones cívicas. La solidaridad tiene que vivirse y ejercitarse dentro de cada negocio o entidad privada. Con frecuencia escuchamos a empresarios quejarse de la debilidad de nuestra sociedad civil y, en consecuencia, de la cultura política, sin darse cuenta de que en la organización de sus negocios se malogra un buen potencial de educación cívica, que haría más rentable su propia empresa.

Nos encontramos frente a un aumento prometeico del poder de la naturaleza humana. El mercado dejado a sí mismo impone su propio modo de pensar y de decidir según una escala de valores que establece el neoliberalismo reinante. El mercado como mecanismo de intercambio se está convirtiendo en una nueva cultura que lleva dentro la semilla de la guerra y de la inseguridad.

Ya Donoso Cortés apelaba a la relación inversamente proporcional que existe entre los valores morales o sociales y los instrumentos de orden y coerción externa. Desde el 11-S el mundo se ha lanzado a la búsqueda de estos últimos como si hubiéramos llegado a la convicción de que la acción política y los valores éticos en los que ella se funda hubieran desaparecido para siempre de la familia humana. Hemos dejado de confiar en nosotros mismos y acudimos a la estrategia bélica como si ésta pudiera servir en el futuro de cimiento al nuevo orden social. La época de los vencedores como árbitros y gendarmes del mundo terminó con la guerra fría. No podemos volver a cometer el error gigantesco de pretender llenar el futuro de nuevas violencias, aunque éstas sean moderadas por las potencias hegemónicas. El vacío provocado no puede ser ocupado por la fuerza física, sino por la reivindicación de los valores éticos a través de la acción política.